



Con la colaboración de
UNIVERSIDAD PONTIFICIA
DE SALAMANCA

SE179493

SUPLEMENTO
Vida Nueva



*Elaboración gráfica
de una célebre fotografía
de Aleksandr Rodchenko*

DONNE CHIESA MONDO

Suplemento mensual
dirigido por LUCETTA SCARAFFIA

En redacción

GILIA GALEOTTI
SILVINA PÉREZ

Consejo de redacción

CATHERINE AUBIN
MARIELLA BALDUZZI
ELENA BUIA RUTT
ANNA FOA

MARIE-LUCILE KUBACKI
RITA MBOSHU KONGO
SAMUELA PAGANI
MARGHERITA PELAJA
NICLA SPEZZATI

Esta edición especial
en castellano
(traducción de MÓNICA
ZORITA) se distribuye de forma
conjunta con VIDA NUEVA y
no se venderá por separado

www.ossevatoreromano.va

EDITORIAL

Las mujeres frente a la crisis de la Iglesia

Si un miembro sufre, todos sufren con él» escribe el papa Francisco en su Carta al pueblo de Dios, citando a San Pablo. Lo hemos interpretado como una petición dirigida también a las mujeres para que se haga oír su voz, sus reflexiones, para que se hagan cargo, con los hombres y con el clero, de la profunda crisis que está viviendo la Iglesia, para que finalmente se sientan parte activa y proactiva del pueblo de Dios. En este número hemos querido dar voz a la reflexión crítica desde el punto de vista femenino, tanto por parte de las mujeres como de los hombres comprometidos en la vida eclesial. Los problemas afrontados son los actuales: el silencio de las mujeres ante situaciones de prevaricación y de violencia, en nombre de un injustificable clericalismo (Margron), la crítica a un feminismo católico que piensa conseguir una participación activa y reconocida en la vida de la Iglesia gracias a un reconocimiento de lo alto, como resultado de una cooptación que revela todavía dependencia del poder clerical y, por lo tanto, dificultad para asumir la responsabilidad directa (Scaraffia). A esto se añade una fuerte crítica al hábito inveterado del clero de no buscar interlocutores femeninos, y de pensar que las mujeres no tienen nada interesante que decir (Malone). A continuación, se examinan las grandes cuestiones a resolver: por un lado, el celibato eclesiástico, acusado de haberse convertido solo en una condición hipócrita de poder, a la que se debe dar de nuevo valor espiritual (Vesco); por otro, el trabajo intelectual necesario para pensar en una Iglesia a dos voces, masculina y femenina juntas, con el mismo derecho de pensamiento y de palabra (Pelletier).

Una serie de textos llenos de ideas y de propuestas, sobre los que queríamos lanzar nuevas reflexiones críticas, para que sea sólo un primer paso hacia una renovación de la vida eclesial, en la cual las mujeres puedan finalmente hacer una seria contribución. (Lucetta Scaraffia)



Alla Guterman
«Para los que sufren abusos en silencio»

Una santa ira

DE MARIE-LUCILE KUBACKI

Teóloga moral, presidenta de la Conferencia de religiosas y de los religiosos de Francia (Corref) y priora provincial de Francia de las Hermanas de la Caridad Dominicas de la Presentación de la Santísima Virgen, la hermana Véronique Margron lleva mucho tiempo ayudando a víctimas de abusos sexuales.

En la crisis de los abusos sexuales, el silencio es uno de los aspectos más graves del problema. ¿Cuáles son para usted los factores que lo determinan?

Son múltiples y varían según qué regiones del mundo. Muchas veces se considera a la Iglesia como una familia, algo que tiene consecuencias desastrosas en lo que se refiere a los abusos sexuales. De hecho, muchas veces y lamentablemente, ni siquiera se habla de estos delitos en las familias. Para las víctimas de abusos cometidos por un hermano, un padre o una madre, encontrar las palabras, hablar de ello, ¡es como escalar el Everest caminando hacia atrás y con sandalias! La imagen de

La teóloga francesa alerta de la escasa formación afectiva en los noviciados

la familia puede ser bella para expresar reciprocidad y atención a cada uno, pero se vuelve en contra de las víctimas cuando la familia significa un reflejo gregario o de silencio... ¿No se dice que "los trapos sucios se lavan en casa"? Otro factor posible que afecta a nuestra mediocridad, ese lado mezquino presente en cada uno de nosotros: la tentación de continuar nuestro camino, de no ver lo que realmente sucede, de no involucrarnos. El coraje es una virtud. Las emociones no lo son. Puedes escuchar a una víctima y llorar con ella, pero decirte a ti mismo que no te pararías en esto, eso es otra cosa. Se necesita ira santa. Y también la libertad interior de decirnos a nosotros mismos que las dificultades a las que nos enfrentaremos si hablamos, no son nada comparadas con lo que la víctima ha sufrido.

Cuando se piensa en el silencio, se piensa en los silencios de los hombres de la Iglesia. Pero también hay silencios de mujeres, madres o religiosas, frente a las víctimas. ¿Cómo explicar estos silencios femeninos?

No estoy segura de que exista algo específicamente femenino o masculino para explicar el silencio... Pero en relación con la Iglesia, a pesar de los progresos concretos y del lugar dado a las mujeres y a los laicos desde el Concilio, el hombre sigue siendo tratado como una autoridad particular, es todavía investido como una autoridad que siempre suscita actitudes de deferencia, a veces desmotivadas. Pienso en situaciones recientes de superiores que se han ajustado al juicio del obispo, mientras que deberían haber informado inmediatamente a Roma, porque el obispo no era su superior, aunque estuvieran en su territorio. Pero su relación con la autoridad era tal, que si el obispo les pedía que no dijieran nada hasta que él lo permitiera, ellos se sentían obligados a obedecer. No tanto por miedo o falta de coraje, sino por deferencia. Para mujeres con puestos de autoridad, no se da por descontado el no someterse a la autoridad local, es decir masculina, incluso cuando está claro que su interlocutor es la Santa Sede. Pero para saber si existe una especificidad femenina o masculina que explique el silencio entre los religiosos, sería necesario hacer una comparación entre una serie de casos significativos, de situaciones silenciadas por hombres y mujeres superiores. Lo que me parece todavía cierto es que, entre las religiosas la cuestión de la sexualidad ha sido un tabú más que entre los hombres. Hacerles hablar sobre el tema es aún más difícil.

¿En qué sentido?

¡Se debería saber en cuántos noviciados se ha hablado realmente de la sexualidad! Di clases durante unos veinte años en un seminario, y había cursos sobre la vida emocional... A veces insuficientes, pero tenían el mérito de estar allí. En los noviciados, y particularmente en los noviciados femeninos, el tema es algo más vago, me temo. Hay sesiones, pero puntuales. Llegar a una reflexión profunda y hacer que los distintos interlocutores hagan uso de la palabra, es una cuestión diferente. A veces se habla de la sexualidad de forma latente, en términos de amistades particulares. Pero esto no permite reflexionar sobre la cuestión de la relación de poder. Y si los abusos sexuales parecen, en la Iglesia como en otras partes, ser principalmente responsabilidad de los hombres, los abusos de poder y de conciencia son compartidos entre hombres y mujeres, y a su vez muy devastadores.

Estas situaciones de abuso de poder me hacen pensar en lo que el psicoanálisis llama un "clima incestuoso". Esto significa que el otro está bajo su dominio y que los puntos de referencia están totalmente confusos, lo que hace imposible su libertad. Y eso sin tener que ser necesariamente un abuso sexual. Algunas situaciones de mujeres en comunidades presentan características de un "clima incestuoso". Clima que tiene efectos devastadores sobre la existencia, que la descompone en lo más profundo. Además, con la casi imposibilidad de probarlo.

Qué explica el silencio de aquellas religiosas, a su vez víctimas de abusos...

Se necesitan las claves para descifrar este clima incestuoso. A menudo, en las comunidades religiosas donde hay algo que no funciona, esto se esconde, se pone bajo el vínculo de la obediencia. Lo cual es aún más terrible porque cuando entras en la vida religiosa, te confías y tu umbral de vigilancia baja, lo cual es normal. Estás ahí por y para Cristo en una situación de abandono de la fe. Cuando tus superiores te dicen "ese padre" o "esa madre" será tu capellán o tu responsable, tú te fías, porque es la institución a la que estás libremente vinculado. En este contexto, cualquier abuso provoca un trágico sentimiento de vergüenza, muy profundo, y la imposibilidad de hablar de ello. Se necesita una gran valentía y una extraordinaria lucidez para superar el "muro del sonido" en tales circunstancias. Muchas veces para liberarse de esa garra destructiva, se necesita un choque desde fuera, que derrumbe los muros de la prisión: un acontecimiento familiar, un escándalo en la comunidad, una visita impuesta por la autoridad eclesiástica competente... La vida cristiana se basa en la confianza, porque descansa en la palabra dada: "te prometo", "me comprometo", "te perdonó". Una de las puestas en juego actuales es la de poder establecer la vigilancia sin que se convierta en sospecha, porque la sospecha es un veneno para cada comunidad. El reto es establecer procedimientos y controles, precisamente para preservar la calidad y corrección del vínculo. De lo contrario, esta cualidad será dañada y la única opción que quedará para aquellos que quieran ocuparse de los niños y de las personas en situación de vulnerabilidad, será la sospecha sistemática.

Un año después de la muerte de la hermana Ruth

Entre agosto y septiembre, varios eventos han conmemorado el aniversario de la muerte de la doctora y religiosa alemana Ruth Pfau, que dedicó su vida a la lucha contra la lepra en Pakistán. Médico, en 1957 se unió a las Hijas

del Corazón de María. Enviada en misión al sur de la India meridional, por un problema se queda finalmente en Karachi (Pakistán) donde vivió 57 años, todos ellos dedicados a salvar a los leprosos abandonados por sus familias. De hecho, fue gracias a sus

esfuerzos que en 1996 la Organización Mundial de la Salud declaró a Pakistán como uno de los primeros países asiáticos en "mantener la lepra bajo control". Creadora del Centro de Lepra Marie Adelaide, que ahora tiene 157 filiales en Pakistán, la

hermana Ruth fue la primera mujer (y tercera persona) en recibir Funeral de Estado en Pakistán. El gobierno le dio su nombre al hospital civil de Karachi, y el Banco Nacional de Pakistán acaba de emitir una moneda de 50 rupias para conmemorarla.



Feminismo y clericalismo

DE LUCETTA SCARAFFIA

El Papa Francisco, en su *Carta al pueblo de Dios*, invitó a todos los creyentes, a todos los que se sienten parte de la Iglesia, a reflexionar sobre la crisis que esta vive ante la denuncia de los abusos y a trabajar para "sanar" esta institución, señalando entre los males que la afligen, con particular vehemencia al clericalismo. Las mujeres con el clericalismo no tienen nada que ver, desde el punto de vista de la implicación personal, porque incluso las religiosas son consideradas laicas, es decir, que no han sido ordenadas. Por lo tanto, no hay mujeres que puedan ser consideradas parte del clero, pero esto no significa que automáticamente puedan ser consideradas inmunes al clericalismo, que es otra cosa.

Para reflexionar sobre este tema es necesario dar un paso atrás y examinar el compromiso de la mujer en la Iglesia, desde que esto ha significado una confrontación explícita o implícita con el feminismo que estaba transformando la sociedad occidental. La primera reivindicación, iniciada a finales del siglo XIX por la protestante americana Elizabeth Cady Stanton, fue la de tener el derecho de estudiar y por lo tanto la de poder comentar los textos sagrados. En el ámbito de la Iglesia Católica este resultado se obtuvo sólo después del Concilio Vaticano II - recordemos dicho sea de paso que el comentario de Teresa de Ávila sobre el Cantar de los cantares no pudo ser publicado ¡porque Teresa no tenía oficialmente permiso para acceder al texto! - y ha fructificado de una forma rica y sorprendente.

Aunque obviamente con un valor discontinuo, las aportaciones femeninas a la interpretación de la Biblia, y en particular al Nuevo Testamento, han sido ricas, a veces revolucionarias, tanto en el hacer reconocer la densa presencia de la mujer en los textos evangélicos, como en la relación libre e importante que Jesús estableció con ellas, y en el mirar los textos en su conjunto con ojos nuevos y capaces de percibir aspectos hasta ahora descuidados. Es una pena que este largo y feliz trabajo, que ahora constituye un todo verdaderamente importante, no haya llegado al cuerpo sacerdotal ni forme parte oficial de la enseñanza en los seminarios. ¿Cuántas homilías más tendremos que escuchar en las que no se preste atención al hecho de que la mujer samaritana es una mujer?

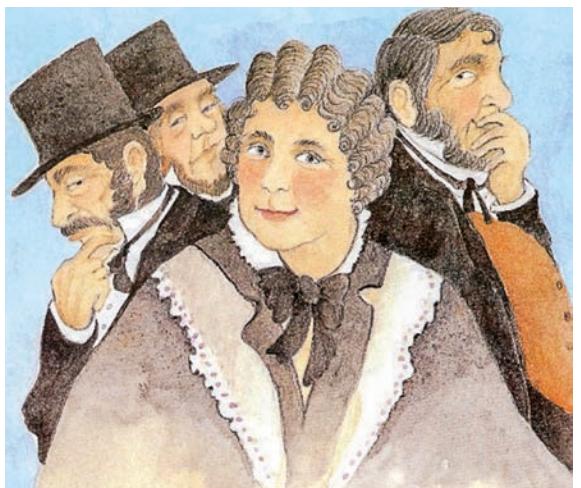
Si esta contribución de las mujeres, aunque oficialmente todavía esté infravalorada, puede considerarse un don extraordinario para la vida de la Iglesia, no es un balance positivo que debemos hacer en el aspecto más "político" del compromiso "feminista" de las mujeres católicas. Si bien no cabe duda - y este análisis es compartido por todas las mujeres que trabajan en la Iglesia, incluidas las religiosas - de que se trata de una estructura rígidamente patriarcal en la que, a las mujeres sólo se

concede una contribución muy secundaria, siempre sometida al escrutinio de las jerarquías y examinada con cierta sospecha o con suficiencia, se proponen y se ponen en práctica diferentes estrategias, al menos parcialmente para cambiar esta situación.

Algunas de las mujeres católicas sensibles con este problema - y no son pocas - han tratado de trasladar al interior de la Iglesia los análisis y métodos de lucha de las feministas del mundo laico, que a su vez han sido tomados prestados, y a menudo, apoyados por los sectores de izquierda. Se trata obviamente de un proyecto de crecimiento del poder dentro de la institución: de hecho, muchas personas piensan que el objetivo primario es el sacerdocio femenino, es decir, la base del poder como la única manera de transformar la institución. De todas maneras, con tal de que la voz de las mujeres - que no se escucha ni siquiera por los temas que principalmente las involucran como la familia y la sexualidad - adquiera autoridad, casi todas proponen que, incluso sin el sacerdocio, las mujeres deberían ser colocadas en puestos de mando, como la dirección de congregaciones o departamentos.

Para lograr estos objetivos, al ser obviamente una institución patriarcal, se debe elegir a un "buen" papa que finalmente abra las puertas a las mujeres. Básicamente, se trata de solicitudes de vacantes en las esferas de poder y de toma de decisiones.

Esta es una posición que también se ve afectada por el clericalismo: entra a formar parte, directa o indirectamente, de la esfera de poder que está firmemente en manos de los clérigos. No hay duda de que esta apertura a las mujeres, si la hubiera, no sería negativa porque seguiría significando una apertura a los laicos, una grieta en el clericalismo. Pero sería una apertura de nuevo impulsada por el clero, y podría convertirse en una clericalización cultural de las mujeres. Algo que pasa muy a menudo.



Elizabeth Cady Stanton en una ilustración de Dyanne Di Salvo.

En la siguiente página René Magritte "L'histoire centrale" (1928)



En resumen, es como si las mujeres al no sentirse verdaderamente parte de la Iglesia tuvieran que esperar la invitación para entrar en los rangos más altos.

Pero aquí está el problema: es verdad que las mujeres - incluso las más obedientes - no se sienten verdaderamente parte de la Iglesia, sino a lo sumo hijas obedientes, que es otra cosa. Si realmente se sintieran parte de la Iglesia, en virtud del sacerdocio bautismal, lucharían por la vida de la Iglesia y por su adhesión a las palabras de Jesús, dondequiera que estén, también si son limpiadoras, con todas las armas a su alcance, que no son pocas. En lugar de ver la falta de mujeres en los niveles superiores, deberían analizar lo que pueden hacer las mujeres en los inferiores, incluso a costa de chocar con las jerarquías. No es fácil por supuesto, pero es impresionante ver el silencio de muchas mujeres frente a los abusos, mujeres que la transformación de la sociedad civil les ha hecho fuertes, culturalmente preparadas y muchas veces con éxito profesional. Demasiadas, ante las injusticias flagrantes, han optado por permanecer en silencio, quizás para después quejarse de que no se les ha tenido suficientemente en cuenta en la Iglesia.

No se sentían parte de la Iglesia, sino sólo un rebaño anónimo que estaba frente a las puertas esperando a ser elegido. Esto es clericalismo, y es este el clericalismo que las feministas católicas deben sanar: porque la condición de la mujer en la Iglesia sólo cambiará si las mujeres tienen el valor de empezar a cambiarla desde abajo, con denuncias si es necesario, con preguntas que nunca surgen. ¿Cuántas veces la ausencia de mujeres en las juntas parroquiales, comisiones, etc., no se debe a dogmas o prescripciones canónicas, sino a una tradición muy arraigada, ya completamente desfasada?

Decepcionadas con la Iglesia

DE MATT MALONE. Jesuita, director de «América»

Poco después de empezar mi trabajo como director de *América* nos dimos cuenta de un gran problema: la ausencia de voces femeninas. Cuando nuestros editores comenzaron a buscar datos sobre lo que piensan las mujeres católicas a cerca de diferentes cuestiones, no pudieron encontrar ningún rastro de ello. Nunca se había hecho una encuesta como esta. Decidimos hacerlo. Lo que comenzó como una búsqueda de información esencial sobre las mujeres católicas por parte de uno de los directores ejecutivos de "América", se convirtió en un proyecto de investigación nacional, el primero de este tipo. Más de 1500 mujeres participaron en la encuesta digital a principios del pasado invierno.

Algunas noticias son buenas, pero otras son preocupantes. Aunque la mayoría de las mujeres católicas permanecen de alguna manera conectadas a la Iglesia, se han desentendido o se están desentendiendo. Mientras que la mayoría de las mujeres católicas de los Estados Unidos creen en Dios, el número de las que asisten a misa y participan en los otros sacramentos es mucho menor según se desciende a grupos de edad más joven. Si eres mujer, cuanto más joven seas, hay menos probabilidad de que haya un lugar en tu vida para la Iglesia.

¿Por qué? En la encuesta, las católicas estadounidenses señalaron repetidamente la falta de una visión clara y de una guía para las mujeres en la Iglesia, a nivel nacional y parroquial. En pocas palabras: las mujeres no se sienten bien recibidas en la Iglesia porque no se ven a sí mismas en posiciones de autoridad o de liderazgo, una situación agravada por la fuerte disminución de las vocaciones femeninas en la vida religiosa. Por tanto, la mayoría de las mujeres católicas en los Estados Unidos apreciarían la ordenación de mujeres al diaconado permanente. Sin embargo, si una de las causas más generales de la crisis

del abuso sexual es la cultura del clericalismo en la Iglesia, entonces ordenar a las mujeres al primer rango del estado clerical no puede ser la única solución.

También debemos separar el poder del sacerdocio. La Iglesia debe preguntarse si cada papel no sacramental de liderazgo que tiene un clérigo, debe ser necesariamente desempeñado por un clérigo. Si la respuesta es no, estos puestos deberían estar abiertos a hombres y mujeres laicos y el nombramiento de mujeres para estos puestos debería ser una prioridad. Si las mujeres van a quedarse o regresar, no sólo necesitan que se les diga que tienen un lugar importante en el liderazgo eclesiástico, sino también verlo.

Hace más de veinte años, la Compañía de Jesús hizo un llamado a la conversión de todos sus miembros, pidiendo que "escuchen con atención y valentía la experiencia de las mujeres" y que "aborden las injusticias sistémicas que sufren las mujeres en todos los ámbitos de la vida". Los jesuitas han seguido esa directiva de manera discontinua, al menos lo intentaron. Ahora la Iglesia debe tratar de incluir las voces, talentos y experiencias de las mujeres en toda la vida de la Iglesia. Pero para que esto suceda, tenemos que hacer algo que no siempre es fácil para nosotros: escuchar.





Giuseppe Scaiola
"El voto fallido"
(1977)

PUEBLO DE DIOS

Para una eclesiología a dos voces

DE ANNE-MARIE PELLETIER

Estamos siendo testigos de un gran terremoto, que predice que habrá réplicas de lo que ya ha ocurrido en un país como Irlanda. Esta vez a gran escala, la credibilidad de la Iglesia corre el riesgo de colapsar, haciendo invisible al mismo tiempo el signo del Evangelio llevado por innumerables cristianos comprometidos por todo el mundo en obras fundamentales de compasión, de mediación y de humanización. Pero no es sólo una cuestión de sexualidad desviada en el clero católico lo que se está discutiendo aquí. Es la propia institución la que se revela en sus deficiencias y en sus derivas.

En este sentido, la franqueza de la carta que el papa Francisco ha dirigido recientemente al "Pueblo de Dios" no deroga la claridad de la Palabra de Dios. Más bien, el Papa confirma la visión presentada en *Gaudete et exsultate*, cuando recuerda una verdad fundamental, pero disminuida a pesar de la *Lumen gentium*: el apelo a la santidad consustancial al bautismo, por lo tanto universal, por lo tanto transversal a todas las vocaciones, más allá de las distinciones jerárquicas multiplicadas en el curso de la historia. La expresión "pueblo de Dios", a menudo vista con recelo después de su vuelta a los textos conciliares, recupera ahora todo su peso e ímpetu.

Y es esta realidad teológica la que el papa Francisco cree que debe recordar urgentemente hoy, porque es el antídoto exacto contra el veneno del clericalismo que está detrás de los criminales abusos de poder.

Este diagnóstico, que apunta a la fuente de los dramas actuales, a la responsabilidad de una autoridad desviada

El terremoto que sacude hoy a la Iglesia debe desembocar en disposiciones disciplinarias y jurídicas radicales

en una institución eclesiástica masculina, lleva a ver en las mujeres, dentro del "pueblo de Dios", las primeras interesadas a reaccionar en el apelo del Papa. Son las primeras en saber cuáles son los abusos del poder eclesiástico. Religiosas o no, conocen demasiado bien la mirada alta, condescendiente, despectiva, la obediencia impuesta por hombres que guardan celosamente para sí mismos el prestigio del conocimiento y la autoridad de la decisión. Es una experiencia que tienen cada día, que confirma la memoria colectiva de una palabra que pretendía controlar su conciencia y su cuerpo y que siempre ha preferido hablar en su lugar, en vez de escucharlas.

Por supuesto, al margen hay mujeres que están dispuestas a adoptar actitudes cléricas. En algunas comunidades hay personalidades femeninas depredadoras, capaces de arruinar vidas como lo hacen los hombres perversos. Pero en la mayoría de los casos, las mujeres tienen una relación diferente con el poder. Un cierto sentido femenino de libertad las libera de esa obsesión por el poder que atormenta a tantos hombres. Tienen una buena capacidad para considerar con divertido desapego el juego masculino de títulos, honores o colores de solideos, en la institución eclesiástica. En general, están más interesadas en las sorpresas de la vida, a sus apelaciones y a los acontecimientos imprevistos, más que en los planes de carrera. Y, sin alardear de ello, desde el principio del Evangelio siguen a Cristo gratuitamente, con un afecto incondicional. Todo ello les confiere un papel insustituible en la situación actual, en la que, para la Iglesia se trata de redescubrir una inteligencia

verdaderamente evangélica del poder como servicio. Todo esto con la condición, de que una desconfianza clerical tradicional otorgue a las mujeres la atención y consideración que hasta ahora se les ha negado. Y también a condición de que la eclesiología ya no sea sólo pensada, formulada e implementada por hombres, que casi siempre son clérigos. Porque, aun atribuyéndoles la justa voluntad de conocer la Iglesia según Cristo, es imposible evitar el filtro de una visión masculina adoptada por los hombres célibes, educados en la idea de la preeminencia del sacerdocio ministerial, que los legitima en el poder temeroso de tener derechos particulares sobre los demás. De ahí, la urgente necesidad de integrar hoy la inteligencia que las mujeres tienen de la Iglesia, a partir de su experiencia de la llamada evangélica y de su fidelidad a Cristo.

La eclesiología debe formularse a dos voces, combinando la masculina y la femenina. Así se podrán realizar cambios reales, la institución eclesial podrá liberarse de la representación de un sacerdocio ministerial que continúa arrogándose jerárquicamente a la identidad sacerdotal de toda la Iglesia. Así es como el sacerdocio bautismal puede encontrar su plena existencia y ejercicio en la Iglesia. De la misma manera, el sacerdocio ministerial será restaurado a su verdadera grandeza, la del servicio de la vida y de la santidad del pueblo de los bautizados, vivido en una fidelidad humilde y devota, a imagen de Cristo que "vino a servir y no a ser servido".

El terremoto que sacude hoy a la Iglesia debe sin duda desembocar cuanto antes en disposiciones disciplinarias y jurídicas radicales. Pero, a largo plazo, hay que hacer una revisión fundamental en la inteligencia que la Iglesia tiene de sí misma, y en su gobierno. ¿Tendrá la Iglesia católica el valor de llevar a cabo esta revolución espiritual? Su credibilidad, es decir, su futuro rostro en medio del mundo depende claramente de ello. Ninguna rendición, ninguna infidelidad puede desalentar la fidelidad de Cristo a su Iglesia. Pero hoy la Iglesia debe tener el coraje de romper con los hábitos de poder que hacen se carezca de tierra bajo nuestros pies.

Una inesperada Billie Holiday

Una de las más grandes voces del jazz y del blues de todos los tiempos, la talentosa y atormentada Billie Holiday (1915-1959), alimentó una veneración especial por Teresa de Lisieux: el vínculo es narrado por Tracy Fessenden en su último libro *Religión Around de Billie Holiday* (2018) que habla de aspectos menos conocidos de la vida de la gran artista estadounidense. Incluido el apego al rosario, gran parte de la música de Lady Day habría estado fuertemente influida por la religión, muchas veces de forma sorprendente. El libro analiza las fuerzas espirituales que han dejado su huella en la artista durante su corta, pero muy intensa vida.

Novedad para la UISG

La UISG (Unión Internacional de Superiores Generales) acaba de dar la bienvenida a un nuevo miembro de su equipo, Claudia Giampietro, laica doctorada en derecho canónico en la Universidad Pontificia de Santo Tomás de Aquino y miembro del Centro Internacional para el Diálogo Interreligioso e Intercultural del Rey Abdullah bin Abdulaziz. Después de haber conocido a muchas religiosas que, de diversas maneras han contribuido a su crecimiento humano, cultural y espiritual, Giampietro - que tiene el papel de asistente de formación - decidió trabajar en UISG para contribuir a la promoción de la vida consagrada en el mundo, especialmente en el campo de la formación. Hace unos días la cuenta en Twitter de UISG anunció que por primera vez se había realizado un encuentro digital entre delegados de todo el mundo a través de la sala multimedia en la sede central de Roma: "Es realmente un momento especial para nosotros".

Las mujeres de Amatrice

Annarita Gianni, tenía 19 años cuando sucedió el terremoto de Amatrice. Hizo un curso de esteticista y ahora ha sido contratada en la ciudad italiana de Ascoli. Assunta Perilli, arqueóloga, pudo comprar una máquina para tejer e hilar a mano, emprendiendo así una nueva actividad artesanal en la que participan muchas mujeres mayores de la zona. Marisa Di Marco compró un deshidratador para su histórica tienda de pastas frescas en Amatrice, logrando así fabricar un producto que puede almacenarse más tiempo y venderse mejor. Por su parte, Rita Arcangeli y Sonia Santarelli compraron un tractor, heno y dos terneros para continuar con su actividad agrícola. Todas ellas se beneficiaron de los fondos puestos a disposición por la organización sin ánimo de lucro WeWorld poco después del terremoto de 2016. Sus historias han sido recogidas por la asociación, que ha regresado a Amatrice para conocer los resultados del proyecto de Ayuda Directa, fundamental para recomenzar e intentar volver a la normalidad. Una forma de apoyo concreto y psicológico, capaz de dar confianza y responsabilidad, en la que participaron más de 300 personas.

Lejos de ser una frustración afectiva perversa y peligrosa para el contexto, el celibato consagrado es un tesoro del cristianismo

La puerta medio cerrada...

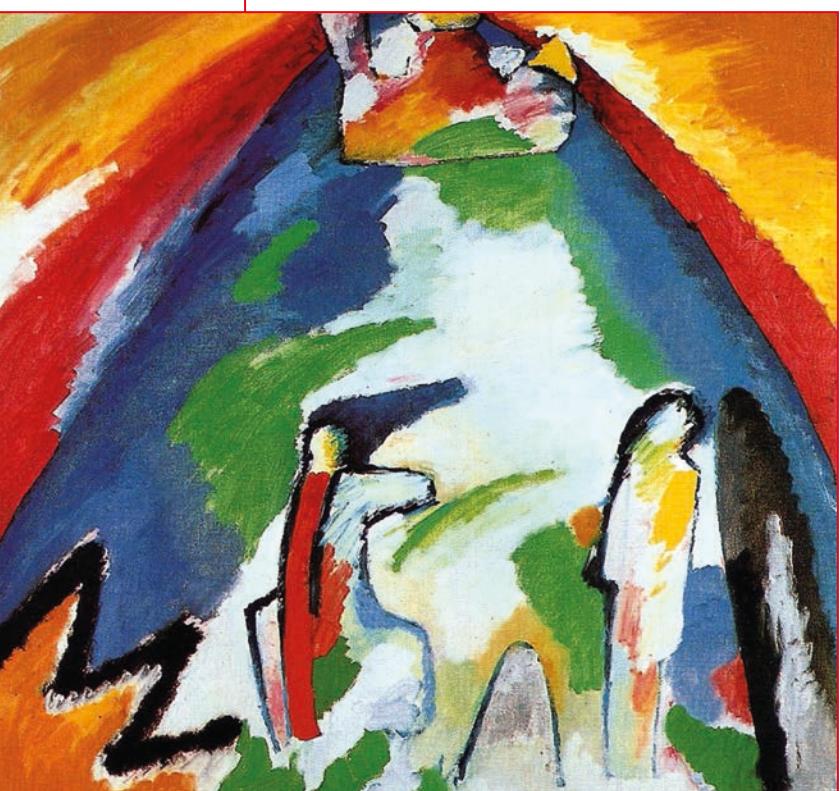
DE JEAN-PAUL VESCO. Dominico, Obispo de Orán

Una frase de nuestro maestro de novicios me acompaña desde el tiempo de mi noviciado dominicano: "Vivir el celibato consagrado significa aceptar la incomodidad y el riesgo de dejar la puerta de la propia vida afectiva en gran medida medio cerrada". El matrimonio generalmente te permite cerrar la puerta, en la medida de lo posible, a todas las demás posibilidades y construir una relación emocional con tu cónyuge a lo largo del tiempo. Nada parecido a la vida consagrada, que despierta por naturaleza confianza, intercambios de corazón abierto y alimenta muy fácilmente una representación idealizada de la persona única "por el Reino de los cielos".

Hay una fuerte tentación de cerrar la maldita puerta con cualquier medio. Lo más natural es poder estar, en la medida de lo posible, fuera del alcance del riesgo de la relación, separarse. Esto significa, en primer lugar, no ponerse en una situación de alteridad en la que la relación está hecha de intercambio recíproco, en la que cada uno se deja alcanzar, se deja tocar. Esta necesidad de separación, en parte necesaria, es la razón de la clausura monástica.

El clericalismo, cuyo peligro para la Iglesia ha sido denunciado por Papa Francisco en diversas ocasiones, tiene su origen, en parte, en este legítimo deseo de proteger la propia vida afectiva de las corrientes de aire. Pero la clausura clerical puede revelarse enseguida, tanto para los sacerdotes como para las personas que los frecuentan, aunque sea con las más puras intenciones por ambas partes, una protección que cuanto más ilusoria es, más puede ocultar el riesgo de seducción mutua.

Vasilij Kandinsky
"Montaña" (1909)



Este riesgo se ve agravado porque la necesidad de una distancia adecuada se combina con la propensión de cada institución humana a producir sus propios estratos, sus propios códigos y sus propias élites. La Iglesia no hace excepciones, tiende a santificarlos. ¿Qué hemos hecho con el mandamiento de Jesús a sus discípulos "a nadie en el mundo llamen 'padre', porque no tienen sino uno, el Padre celestial" (Mt 23,9)? ¿Cuándo comprenderemos finalmente que con estas palabras Jesús espera sinceramente una Iglesia de hermanos y hermanas y no una Iglesia dividida entre sacerdotes y fieles, como denunció el Papa Francisco en su carta sobre el abuso sexual del pasado 22 de agosto? "El clericalismo, favorecido por sacerdotes o por laicos, genera una escisión en el cuerpo eclesial que beneficia y ayuda a perpetuar los males que hoy denunciamos. Decir no al abuso, es decir enérgicamente no a cualquier forma de clericalismo".

Por tanto, lejos de ser un baluarte contra los ataques de la afectividad, este aislamiento clerical, incluso en forma de autoridad de unos sobre otros puede crear condiciones favorables para todo tipo de excesos, de abusos de poder. Estos abusos chocan todavía más, cuanto más tocan las delicadas cuerdas de las almas de las personas que los sufren. Los daños humanos son todavía más aterradores. Y si son cometidos con niños, se trata de criminales y deben ser tratados como tales.

Se rumorea que tales abusos se sostienen con el apoyo de la reivindicación del "matrimonio para los sacerdotes", una panacea para todos los males de la Iglesia. De hecho, es otra forma de sucumbir una vez más a la tentación de dar un portazo a esta maldita puerta medio cerrada. Sería una verdadera lástima que la Iglesia católica romana se reconectara a su tradición milenaria de ordenación de hombres casados por una razón similar, de falta.

Lejos de ser una frustración afectiva perversa y peligrosa para el contexto, el celibato consagrado es un tesoro del cristianismo. Hoy, más que en el pasado, tiene una increíble carga profética y es un camino de felicidad y realización humana. ¡Qué hermoso es experimentar esta libertad de vivir como hermanos y hermanas una relación de alteridad e igualdad absoluta en dignidad! Qué hermoso es saborear la castidad de una relación de amistad entre hombres y mujeres, raramente desprovista de su parte de seducción mutua, en un mundo en el que el deseo es objeto de todas las polarizaciones.

Dios, qué hermosa es esta relación, Dios, qué vertiginosa es. Significa aceptar el riesgo de esta puerta medio cerrada, nunca bajar la guardia del todo e ir de cara hacia nuestra fragilidad humana en lugar de esconderla detrás de protecciones ilusorias. Significa la humildad y la anulación del amigo del esposo, que se llena de alegría al oír su voz (cf. Jn 3, 29), más que la seguridad de un "hombre de Dios" que podría sorprenderse de olvidar que sigue siendo un hombre.



Michel Ciry
«Stabat Mater»
(1978-1993)

El doloroso silencio

de NICLA SPEZZATI

Al mediodía, se oscureció toda la tierra hasta las tres de la tarde", escribe Marcos en su Evangelio. Las tinieblas se desbordan, fluyen, se extienden, se cubren, se desvanecen. Es la victoria del oscurecimiento de toda razón lo que busca la ratio de la antigua pregunta: *«quid est veritas?»*

Como Iglesia estamos pasando por una tempestad que podría aterrorizar. Me parece una oportunidad, un regalo para ser vivido como una participación en el misterio del Dios humano, atormentado por el pecado humano, por la incredulidad, por las hipocresías de la religión: el Dios humillado, sin rostro, palo confinado en el corazón de la tierra, pide razón de nuestro ser de la Iglesia. La debilidad de la cruz, cima de la historia humana, sigue atravesando el mundo y nos encuentra, abriéndonos a la necesidad de los tiempos futuros.

La narración de Marcos continúa: "Los que pasaban lo insultaban, movían la cabeza" y "los sumos sacerdotes y los escribas se burlaban". Y "también lo insultaban los que habían sido crucificados con él". Es el misterio del mal que se clava en la cruz, que ríe y se burla, que se

justifica. Hoy no nos encontramos ante una escena que se ha completado durante dos milenios, estamos viviéndola en contacto directo, un tiempo que participa de la pasión de Cristo: "El ser cristiano -refleja Bonhoffer- no son los ritos religiosos, sino la participación en el sufrimiento de Dios". El Papa Francisco no se alegra con tomar nota de que la Iglesia se puso de rodillas por las circunstancias. En fidelidad a su ministerio pide a todos los fieles, como pueblo santo de Dios que sabe que no es una sociedad más o menos perfecta, pero el cuerpo de Cristo, que se arrodillen espontáneamente para reconocer sus errores. La Iglesia, en la humildad y en la verdad de Cristo, rocía su cabeza con cenizas, para que los sufrimientos infligidos se conviertan en una llamada a la conversión.

Juan el testigo escribe: "Junto a la cruz de Jesús estaban su madre, la hermana de su madre, María de Cleofás y María Magdalena". Las mujeres en el Calvario se miran entre sí y se preguntan: inteligencia y compasión se combinan, *caritas est sapientia et passio*, en esa actitud ejercida continuamente por la madre que, según el relato de Lucas, "María, por su parte, guardaba todas estas cosas, y las meditaba en su corazón".

¿Y nosotras mujeres consagradas, donde estamos en esta hora de la Iglesia?

No se trata de compartir la embriaguez de las palabras y los juicios de artificio y de superficie, se trata de despertar en nosotras, mujeres consagradas al corazón de la Iglesia, la capacidad de auto juzgarnos por el descuido que muchas veces hemos asumido y seguimos asumiendo el peso de la omisión humana y eclesial. Con frecuencia hemos escogido el silencio que nos ha protegido, pero también nos hemos acurrucado en falsas seguridades de oportunidad.

Estamos atadas a la imagen diaconal que, aunque generosa y necesaria para la vida de la Iglesia, ha frenado esa fecunda maduración que lleva al intelecto y a la conciencia a cuestionar *quid est veritas*, y a darle voz para la construcción común de la comunidad eclesial. A menudo hemos alimentado la visión de Medea, prefiriendo alimentar resentimientos y miedos frente a las prevaricaciones sufridas, y a veces compartidas, nublando así el agua pura de las relaciones eclesiales, evitando caminos de conversión y purificación, de propedéutica a la verdad y a la transparencia.

Las mujeres consagradas por consagración evangélica tienen un potencial humano, evangélico-carismático de considerable valor en la comunidad eclesial, pero en los procesos positivos vemos también posibles omisiones por nuestra parte que podrían llevarnos a un silencio infértil, desprovisto de verdad. El silencio como mera obediencia a las autoridades, máscara que esconde el rostro, el oportunismo y custodia las seguridades, no tiene voz de Evangelio.

En ocasiones el Magisterio de la Iglesia ha invitado a las consagradas a entrar decididamente en un proceso de pensamiento, autocritica y discernimiento, es decir, las ha impulsado a ser sujetos activos en reciprocidad, a vivir con conciencia de los tiempos, de los acontecimientos, del ser humano y de las culturas; a escudriñar los horizontes con



Sabina Spielrein

Jean Guitton
"Maria Magdalena"
(Colección Pablo VI, Concesio)

La joven rusa fundó el Jardín de Infancia Blanco, un laboratorio psicoanalítico para niños

DE ELENA BUIA RUTT

sabiduría y parresia: "La nueva conciencia femenina ayuda también a los hombres a revisar sus esquemas mentales, su manera de auto comprenderse" (Vida consagrada 57 a). No es una afirmación pequeña, y continúa: necesitamos "estímulo para la necesaria reciprocidad en el seno de la Iglesia" porque "se espera mucho del genio de la mujer", tanto en el campo de la fe como en la experiencia humana del valor de la vida (Vita consecrata 58 c). En el tiempo que nos ha sido dado para cruzar la Iglesia, nos pide que seamos inteligentes en nuestra visión, en nuestro pensamiento fructífero y solidario; nos pide que seamos una voz sincera y amorosa que llame a la investigación más allá de nuestros horizontes habituales; nos pide que nos comprometamos en buenas prácticas, en sinergia con todos los componentes eclesiales, según el Evangelio.

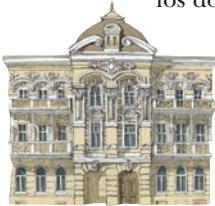
Todos estamos en el vado y es necesario recorrerlo juntos, sin revestimientos farisaicos: la elección fecunda sugiere que empecemos por nosotras mismas, personas e instituciones, eligiéndolo en vigilia nocturna, para caminar en la búsqueda de la verdad: el silencio, la palabra.

Es también la *statio orante*. Como Iglesia somos conscientes de nuestras limitaciones y de nuestra finitud mientras atravesamos el desierto y la consolación en busca de Dios y de los signos de su gracia, de las tinieblas y de la luz. En esta *statio* de oración se cumple la obediencia rebelde a la profecía de la vida consagrada en la Iglesia, que se convierte en voz de la pasión eclesial por la humanidad. Plenitud y vacío, como percepción profunda del misterio de Dios, del pecado y de la gracia humana.

En este tiempo de conflicto y denuncia es hora de decir la palabra de María, la Mujer, como presencia consciente en las situaciones que suceden: "durante aquella fiesta de bodas en Caná de Galilea. Sucede que falta el vino, y María, la Madre de Jesús, lo hace notar a su Hijo. Él le responde que aún no había llegado su hora; pero luego atiende la solicitud de María y tras hacer llenar de agua seis grandes ánforas, convirtió el agua en vino, un vino excelente, mejor que el anterior", (Benedicto XVI, Ángelus, 20 de enero de 2013).

Entrenemos en la vigilia de la mirada y del alma, entrenémonos para ser voces que susurran o gritan si es necesario, que ya no tienen vino, asegurándonos de que el mejor de los vinos está por venir (Francisco, Homilia, Guayaquil, 6 de julio de 2015).

También si es de noche.



Corrió el año 1904 y en la clínica psiquiátrica de Burghölzli de Zúrich, Carl Gustav Jung con sus entonces 30 años, experimentaba con una joven mujer de 18 años, Sabina Spielrein, la nueva técnica psicoanalítica freudiana.

Hija de un comerciante judío y de una dentista, nacida en el número 83 de la calle Pushkin, de la ciudad rusa de Rostov, Sabina había sido admitida en esa clínica, considerada una de las mejores de Europa, a causa de una psicosis histérica que se desencadenó tras la muerte de su hermana menor, Emilia, de tan sólo cuatro años de edad. El registro de ingreso la describía como una paciente fuera de control, presa de fuertes tics nerviosos y de ataques inusuales de risa y lágrimas. Con ella estaba Jung, rechazando la terapia tradicional de la hipnosis, quien dio sus primeros pasos en la llamada "terapia de la palabra", la nueva técnica psicoanalítica que estaba ganando terreno en aquella época en Alemania, diseñada por el Dr. Sigmund Freud de Viena.

En sólo ocho meses Sabina Spielrein resurgió de su estado de postración física y psíquica y entre 1905 y 1911, ya recuperada, se graduó en medicina y psiquiatría en Zurich, escribiendo una tesis sobre el lenguaje de un paciente esquizofrénico, bajo la supervisión del propio Jung, y luego emprendiendo estudios pioneros en psicoanálisis, lo que la llevó a ser la primera en identificar el impulso de muerte. Así lo reconoció, aunque de forma reticente y ambigua, el propio Freud, quien en su ensayo *Más allá del principio del placer* lo citó, afirmando que "una parte considerable de estas especulaciones fue anticipada por Sabina Spielrein, en una obra rica en contenidos e ideas que desafortunadamente no me resulta del todo clara. Define el elemento sádico del impulso sexual como 'destructivo'".

Mientras tanto, Jung y Sabina habían tenido un intenso y turbulento romance, que duró siete años y fue interrumpido quizás porque Jung se había negado a concebir con ella un hijo que hubieran llamado Sigfrido, quien para los dos amantes habría encarnado la posibilidad de la unión de las razas semita y aria. Ambos compartían la pasión por Wagner, de cuya famosa obra habían nombrado su "hijo ideal", y Sabina, que por su temperamento artístico era también una excelente musicóloga, capaz de tocar y componer a alto nivel, en una carta de 1909 reveló a Freud:



"Fue Wagner quien trajo el diablo a mi alma con terrible claridad. Quiero hacer menos metáforas porque tal vez te ríes de la exuberancia de mis sentimientos. El mundo entero era para mí como una melodía: cantaba la tierra, cantaba el lago, cantaban los árboles, rama por rama".

Pero la unión apasionada, intelectual y artística entre Jung y Sabina, como hemos dicho, se interrumpió, a pesar de que ambos continuaron un lo largo de sus vidas manteniendo una correspondencia "profesional". Emma, la esposa de Jung, también contribuyó a la ruptura de la relación, y Sabina se refirió implícitamente a ella en una de sus primeras cartas a Freud: "El Dr. Jung fue mi médico hace cuatro años y medio, luego se convirtió en amigo y más tarde en 'poeta', es decir, amante. Al final me convenció y todo salió como suele suceder en la 'poesía'. Predicó la poligamia, su esposa lo hubiera aceptado, etc. etc. etc., pero mi madre recibió una carta anónima, escrita en un excelente alemán, que hablaba de salvar a su hija que podría haber sido arruinada por el Dr. Jung".

En 1912, Sabina se casó con Pavel Scheftel en Viena, un médico ruso de origen judío como ella. De su unión nacieron Renate y Eva en 1913, aunque no está claro si esta última era la hija que Pavel había tenido de otra mujer. Con ellos Sabina se trasladó a Moscú, donde fundó el Jardín de infancia Blanco, en un edificio modernista bellamente decorado, junto con Vera Schmidt, una de las principales figuras del movimiento psicoanalítico ruso. El Jardín de infancia Blanco, llamado así por el color de sus paredes y muebles, era un hospital psiquiátrico, pero también un lugar de formación, donde los niños eran invitados a expresarse libremente, sin ser reprimidos por una estricta disciplina. El color blanco que los rodeaba apoyaba la posibilidad de la claridad interior,

permitiéndoles "colorear" el espacio con sus emociones y recursos creativos. "Parece que es la primera vez que un psicoanalista se hace cargo de un jardín de infancia", escribió Sabina a Jung: "Lo que me gustaría demostrar es que, si le enseñas a un niño la libertad desde el principio, tal vez se convierta en un hombre verdaderamente libre", y "pondré toda mi pasión en ello". Tal laboratorio psicoanalítico para niños tuvo como alumnos a los hijos de exponentes bolcheviques como Vasily Stalin, hijo de Iosif. El Jardín de infancia Blanco era conocido por varios nombres, como el Jardín de Infancia psicoanalítico de Moscú, Laboratorio de Solidaridad Internacional: proporcionaba métodos pedagógicos muy avanzados para esa época, el juego, música, el estudio de los animales y, en general, el crecimiento en un ambiente libre de condicionamientos. Pero Stalin, después de haber retirado a su hijo de allí, cerró el jardín de infancia, acusando a Schmidt y a Sabina de "perversión sexual", porque allí los niños eran educados de tal forma que conocieran su sexualidad. De hecho, el jardín de infancia se cerró porque el objetivo de los educadores era educar a los niños en un ambiente de libertad, acción y pensamiento: principios exactamente opuestos a la doctrina de Stalin.

En 1941, durante la ocupación alemana, Sabina volvió a vivir en Rostov sul Don, su ciudad natal; pero su idealismo y valentía, endurecidos en una vida pasada dedicada al amor y a la búsqueda de la libertad, la llevaron a cometer un error fatal: no huyó cuando los alemanes comenzaron a invadir Rusia sin creer que fuera posible, después de vagar por la unión entre semitas y arianos con su hijo ideal Sigfrido, el genocidio nazi contra los judíos. Fue fusilada sumariamente en agosto de 1942 en la sinagoga de Rostov, junto con sus dos hijas y la población judía del país.

Una escena de la película «*A Dangerous Method*» (2011) dirigido por David Cronenberg que trata la relación entre Carl Gustav Jung, Sigmund Freud e Sabina Spielrein

La carencia humana

LUCAS 12, 13-21

Después de exhortar a los suyos de muchas maneras para no temer a quienes le quieren matar, porque no pueden quitarles su vida, Jesús, respondiendo a una pregunta, les exhorta a tener cuidado y a protegerse bien de la codicia, porque la vida no depende de los bienes.

Un hombre entre la multitud dice: "Maestro, dile a mi hermano que comparta la herencia conmigo". Jesús les responde: "¿Quién me ha hecho juez o mediador sobre vosotros? Jesús no vino a afirmar los derechos de los que ya tienen una herencia, la única herencia que está cerca de su corazón es la que proclama a los mitos de la tierra: "Felices los pacientes, porque recibirán la tierra en herencia" (cf. Mt 5,4).

Jesús responde diciendo que no vino para estar por encima de nosotros, sino en medio de nosotros, dando un ejemplo vinculante para toda autoridad en el pequeño rebaño y destacando la ilusión que hay detrás de la pregunta: la vida no depende de los bienes que tenemos. Y así nos enseña a cuestionar nuestros deseos para discernir a los farsantes, que nos engañan haciendo creer que estamos aumentando nuestras vidas.

Aquí Jesús revela, para los que quieren seguirlo, una "impetuosa" del Evangelio para los discípulos y las discípulas: el Evangelio defiende algún derecho de los que siguen a Jesús, y esta es la condición de la libertad. En más, todo el Evangelio es una reafirmación, confirmando y profundizando las diez palabras de Dios a Moisés, que la voluntad de Dios coincide siempre, para el creyente, con el derecho del otro y no con el suyo propio.

"Al que quiere hacerte un juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto; y si te exige que lo acompañes un kilómetro, camina dos con él", (cf. Mateo 5,40).

Marti Lund,
«Humble
Hands» (2016)

Chiharu Shiota,
«The Key in the
Hand» (2015,
particular).



La carencia humana, con el trabajo relativo, si la entendemos a la luz sabia y honesta de las palabras y de la vida de Jesús, puede renunciar al dominio posesivo y angustioso sobre las personas y las cosas, y en vez de preocuparnos por tener y tener -como el hombre necio de la parábola- intentar compartir lo que tú eres y lo que tienes. Por otro lado, Jesús dice que la justicia es el amor de los pobres, nos pide que vendamos nuestros bienes y se los demos. Aquí Jesús dice otra cosa: que la verdad humana hace inútil y nocivo al que sólo se preocupa por poseer.

De hecho, la preocupación que tenemos por nuestra necesidad y por su conservación se suma a la preocupación por lo que todavía nos falta. Al igual que aquel hombre insensato del que nos habla Jesús: la preocupación por destruir los viejos almacenes y la necesidad de construirlos de nuevo no le permite hablar hoy, y todos los días, a su alma invitándola a la alegría. La posesión nos hace postergar todo lo esencial de la vida y de la comunión con los demás, como aquel pobre rico insensato que ni siquiera los demás lo mencionan, porque son los bienes y no las personas los que llenan su horizonte y su espejo.

5,41). El Evangelio no da derecho a los que siguen a Jesús, ni siquiera a ser ayudados a hacer el bien; como cuando Marta le dijo a Jesús: "Señor, ¿no te importa que mi hermana me deje sola con todo el trabajo? Dile que me ayude" (cf. Lucas 10,40), y el Señor no hizo lo que ella quería. El Evangelio nos llama a la responsabilidad hacia los demás y hacia el mundo, y por lo tanto a la resistencia contra la injusticia que se hace hacia los demás, no sólo hacia nosotros. Porque, y esto es lo no dicho, el discípulo de Jesús ya ha recibido todo en su palabra, toda su porción de herencia, y nada le falta.

Jesús nos exhorta a mantenernos alejados de toda codicia, de la idolatría de la posesión. Nuestras vidas no dependen de lo que poseemos. Depende más que nada de la relación que nos falta. La carencia, que es congénita a la condición humana, no se resuelve con la posesión, porque siempre nos faltará lo esencial. Y es precisamente la ilusión de ensordecer la falta que nos empuja a la posesión. Poco después, Jesús dice: "¿Y quién de ustedes, por mucho que se inquiete, puede añadir un instante al tiempo de su vida?" (cf. Lucas 12, 25) revelando que el deseo de poseer es un anhelo, un trabajo desviado. Como no podemos hacer lo que nos gustaría, nos engañamos pensando que nos estamos compensando a nosotros mismos con la posesión de bienes. Pero la riqueza no nos cuidará en absoluto; al contrario, nos hace esclavos de su necesidad congénita de crecer cada vez más.

La carencia humana, con el trabajo relativo, si la entendemos a la luz sabia y honesta de las palabras y de la vida de Jesús, puede renunciar al dominio posesivo y angustioso sobre las personas y las cosas, y en vez de preocuparnos por tener y tener -como el hombre necio de la parábola- intentar compartir lo que tú eres y lo que tienes. Por otro lado, Jesús dice que la justicia es el amor de los pobres, nos pide que vendamos nuestros bienes y se los demos. Aquí Jesús dice otra cosa: que la verdad humana hace inútil y nocivo al que sólo se preocupa por poseer.

De hecho, la preocupación que tenemos por nuestra necesidad y por su conservación se suma a la preocupación por lo que todavía nos falta. Al igual que aquel hombre insensato del que nos habla Jesús: la preocupación por destruir los viejos almacenes y la necesidad de construirlos de nuevo no le permite hablar hoy, y todos los días, a su alma invitándola a la alegría. La posesión nos hace postergar todo lo esencial de la vida y de la comunión con los demás, como aquel pobre rico insensato que ni siquiera los demás lo mencionan, porque son los bienes y no las personas los que llenan su horizonte y su espejo.



¿Mujeres de diáconos o diáconos mujer?

La literatura epistolar paulina abre la reflexión

DE ANDREA TASCHL-ERBER

Hay diaconisas en el Nuevo Testamento? Se puede encontrar algún rastro en la literatura epistolar paulina. Este documento se centra en particular en la cuestión del papel y la función en la que deben incluirse las mujeres mencionadas en un párrafo sobre los diáconos en 1 Timoteo 3.

En los siglos I y II d.C., 1 Timoteo 3 nos ofrece un llamado "marco de requisitos". En primer lugar, se enumeran las cualidades ético-morales -que parecen bastante genéricas e inespecíficas - de un epískopos ("el que preside", 2-7), que debe ser una persona respetada tanto en su propio hogar como en la sociedad, además (8-13) de las otras características formuladas de los diákonoi ("servidores"); las definiciones parecen claras según los ministerios que se llamarán más tarde de esa manera, pero que no son congruentes con las funciones de liderazgo en 1 Timoteo 3. En este pasaje, en el versículo 11, se presta especial atención a las mujeres receptoras: "Que las mujeres sean igualmente dignas, discretas para hablar de los demás, sobrias (como los epískopos en el verso 2) y fieles en todo". Desde el punto de vista lingüístico, la breve indicación se estructura continuando la construcción sintáctica del marco de requisitos que comienza en el verso 2 y se repite de nuevo en el verso 7 ("También es necesario que"; en griego siguen los acusativos con infinito), de manera completamente paralela al verso 8: "De la misma manera, los diáconos deben ser hombres respetables

(las otras características también se corresponden en contenido). Esto hace dar la impresión de que se está introduciendo un grupo adicional.

El versículo siguiente establece, con una nueva construcción sintáctica, la monogamia de los diáconos varones: "que se haya casado una sola vez/ Que sepa gobernar su propia casa y mantener a sus hijos en la obediencia con toda dignidad" (3, 12), lo que corresponde a las características personales requeridas para el oficio de epískopos (cf. versículos 2 y 4). En ambos tipos de oficinas, el propietario debe demostrar, según el concepto de ekklesia como casa (òikos), que es un jefe de la casa capaz de dirigir. De hecho, como se explica en el versículo 5, aquellos que no son capaces de mantener el orden en sus familias ni siquiera son considerados aptos para manejar la ekklesia como "la casa de Dios" (v. 15). Puesto que, en el 3, 12 la mirada está puesta en la casa, es decir, en la familia de los diákonoi, el verso 11 también podría referirse -según una interpretación actual- a sus mujeres (esposas). Sin embargo, el texto no dice explícitamente que se trata de sus mujeres. También se plantea la cuestión de por qué, a diferencia de los epískopos, en los que no existe una referencia análoga, deben abordarse, directamente además, dentro de un marco de requisitos. Es difícil deducir que las reclamaciones contra las familias de los diákonoi son superiores a las de la familia de un epískopos.

Por lo tanto, es mucho más fácil pensar en la mujer diákonoi. Puesto que en el griego bíblico no hay evi-



La autora

Se graduó en 2006 en la facultad de Teología Católica de la Universidad de Viena y obtuvo su habilitación para la docencia en 2018 en la Universidad de Graz, Departamento de Ciencias Bíblicas del Nuevo Testamento y Teología Bíblica.

dencia de una forma lingüística femenina para indicar diaconisas, pero se nombran con la forma masculina (sobre este aspecto ver más adelante Febe, en Romanos 16), para definir el género de este grupo es necesario el circunloquio *gýnaikes* ("mujeres") con el fin de caracterizarlos como diáconos mujer. Por otro lado, para los lectores y las lectoras de la antigüedad parece evidente que en un capítulo sobre *diàkonoi*, se trata de mujeres que son *diàkonoi*, por lo que tal adición clarificadora puede que tampoco exista.

En cualquier caso, si bien no se puede extraer ninguna certeza definitiva del texto, sí es posible sostener un argumento histórico apoyándose en otras fuentes -biblicas e incluso extrabíblicas- como prueba externa. Como ya se ha dicho, podemos referirnos en primer lugar a Febe, a quien Pablo escribe una carta de recomendación (cf. Romanos 16:1-2) al principio de la lista de saludos con la que concluye su carta a la comunidad de Roma. Febe se presenta con el término masculino - que por lo tanto como *terminus technicus* debe entenderse como un título - como *diàkonos*. El participio presente que lo precede, de manera lineal-durativa, indica una función ejercida de manera duradera en la comunidad de Cencrea, ciudad portuaria cercana a Corinto. Así, incluso las formas plurales masculinas se pueden leer de una manera inclusiva. En la carta a la comunidad de los filipenses, por ejemplo, donde en 1, 1 se dirige a los *diàkonoi*, tal grupo podría ciertamente incluir mujeres si pensamos por ejemplo en Evodia y Sintiche, explícitamente mencionadas en 4, 2. El Nuevo Testamento no explica cuáles eran las tareas de los *diàkonoi*. Puesto que en Romanos 12 la *diakonia* es el segundo carisma más importante, entre profecía y enseñanza (v. 7), el término debe aludir a la tarea de servicio al Evangelio, el anuncio. Es en este sentido que Pablo se define como *diàkonos* (cf. por ejemplo 1 Corintios 3, 5; 2 Corintios 3,

6; 6, 4; y Colosenses 1, 23). La participación responsable de las mujeres en el trabajo de la comunidad y en las funciones directivas es testimoniada también por los otros colaboradores mencionados en Romanos 16, que "trabajan duro" (*terminus technicus* para la actividad misionera y de anuncio) al servicio de la comunidad.

Una información interesante también proviene de la correspondencia entre Plinio el joven y el emperador Trajano - que datan aproximadamente en el mismo período que las cartas pastorales (alrededor del 112) - que también ofrece un testimonio sobre la situación en Asia Menor (Bitinia está en el norte). Plinio quería saber "de dos esclavos, que eran llamados *ministrae*" la verdad sobre el cristianismo (Epístolas 10, 96, 8). El título oficial formal -como el equivalente en latín del término griego- indica un uso establecido en el idioma.

Así, sobre la base de 1 Timoteo 3, 11, se puede pensar en diáconos mujer institucionalizadas en el territorio misionero paulino entre finales del siglo I y principios del siglo II. En la literatura epistolar del Nuevo Testamento, sin embargo, las tareas de los diáconos y diaconisas quizás también por la variedad de carismas y "servicios" (ver 1 Corintios 12, 5), están esquemáticamente tratadas, e incluso las estrictas distinciones entre "ministerio" oficial y "servicio" no oficial, aún no están completamente cubiertas.

El hecho de que en 1 Timoteo 3:11 las diaconisas son mencionadas de pasada, a la sombra de sus colegas masculinos, en una breve indicación como reflejo de una práctica existente, sigue el patrón de la carta, que surge en particular en 2:11-15: "Que las mujeres escuchen la instrucción en silencio, con todo respeto. No permito que ellas enseñen" (en cambio, se requiere una actitud particular hacia la enseñanza para los *epìskopos* en 3, 2). Las afirmaciones prescriptivas en 1 Timoteo 2 aluden a una limitación de la autoridad de la enseñanza de la

mujer (expresamente en el versículo 12). La inclusión del catálogo de requisitos del 3, 2-11 -que probablemente se remonta a un esquema tradicional transmitido- en un marco editorial que refleja con mayor fuerza la perspectiva de la instancia del autor, podría explicar las ambigüedades del lugar de la mujer en el versículo 11. Además de los estereotipos tradicionales de los textos normativos -como ocurre, por ejemplo, en autores romanos contemporáneos- también hay noticias sobre la presencia y la autoridad real de las mujeres: la realidad de la comunidad es más compleja e inclusiva de lo que sugieren las declaraciones restrictivas a primera vista. Por ejemplo, hay varios testimonios de la participación de las mujeres en las comunidades paulinas dispersas en el *corpus Paulinum*.

Algunas indicaciones pueden demostrar brevemente que en el primer cristianismo 1 Timoteo 3, 11 fue incorporado el sentido de mujeres diácono. Así, por ejemplo, Giovanni Crisóstomo, que vivió en la segunda mitad del siglo IV, en su homilía 11 de 1 Timoteo 3, en la cita del versículo 11 sobre "mujeres" añade expresamente que se refiere a diaconisas (donde utiliza la forma masculina plural). Comenta al respecto: "Algunos dicen que esto se dice simplemente de las mujeres, pero no es así: de hecho, ¿por qué querría tirar algo sobre las mujeres? Más bien, habla de las [mujeres], que sostienen la dignidad de la *diakonia* (en griego, participio femenino)". Con respecto a la exigencia de la monogamia en el versículo 12, Giovanni Crisóstomo afirma: "En este respecto es apropiado que también se diga de las mujeres [como] diáconos / mujeres diácono (*gynaikòn diakonòn*)". Aquí se define a las diaconisas añadiendo la forma masculina de *diàkonoi* al término "mujeres". Pero también Teodoro de Mopsuestia o Teodoreto de Cirro utilizan en sus comentarios una referencia a las diaconisas en 1 Timoteo 3, 11, que sea como sea, es la forma en que se interpreta su "servicio" desde el punto de vista del contenido.

También la *Didascalia* -un texto eclesiástico muy difundido que data de la primera mitad del siglo III (se ha perdido el griego original, pero se conservan numerosos fragmentos latinos de finales del siglo IV, además de una versión siríaca) - documenta la existencia de las diaconisas. Cuando por ejemplo el obispo tiene que elegir a un hombre y a una mujer (esto se aplica especialmente a las mujeres) y ordenarlos diáconos (3, 12, 2), no se hace ninguna distinción entre la terminología, aunque, además de las circunlocuciones similares que se han encontrado hasta ahora en los textos, también existe la variante femenina de la *diakònissa*. La necesidad de "servicio de una 'mujer diaconisa'" (*ministerium mulieris diaconissae*) se legitima bíblicamente refiriéndose a los discípulos que siguen a Jesús, de los cuales se testimonia un "servir" (*diakonèo*) (los nombres citados en 3, 12, 4 corresponden a Mateo 27, 56). A través de una tipología trinitaria, con una imagen audaz, se da al oficio un fundamento teológico al comparar al obispo con Dios, al diácono con Cristo (ver por ejemplo Marcos 10, 45) y a la diaconisa con el Espíritu Santo (mujer en lenguas semíticas; 2, 26). Entre las áreas de actividad de las diaconisas, que ahora están mejor descritas a



